

GREGORIO MARAÑÓN
BERTRÁN DE LIS

“Con la Transición comenzaron las décadas de mayor progreso económico y social en libertad de nuestra historia”

PRESIDENTE DEL PATRONATO DEL TEATRO REAL, ENTRE OTROS MUCHOS CARGOS, Y UNO DE LOS IMPULSORES DE LA TRANSICIÓN, HA PUBLICADO ‘MEMORIAS DE LUZ Y DE NIEBLA’. EN ESTA ENTREVISTA, REFLEXIONA SOBRE SUS EMPRENDIMIENTOS, SOBRE CULTURA, SOBRE AMOR Y SOBRE LIBERTAD.

Por MERCEDES HURTADO

Gregorio Marañón Bertrán de Lis, uno de los artífices de la Transición, una de esas figuras que tanto se echa de menos ahora, en estos tiempos de confusión y de referentes ausentes, es a la vez un cronista de la España contemporánea. El nieto del doctor Marañón, presidente del Patronato del Teatro Real, académico de la Real de Bellas Artes de San Fernando, consejero de Patrimonio Nacional, presidente de la Real Fundación de Toledo y directivo de diversas empresas, entre otros cargos, ha publicado *Memorias de Luz y Niebla* (2020, editorial Galaxia Gutenberg). Tras *Memoria del Cigarral*, de 2015, vuelve a iluminarnos, a convertirnos en cómplices de muchos momentos interesantes, a compartir Historia en mayúsculas e historias en minúsculas (que no son menos importantes, porque son parte del tramado de nuestro ser colectivo).

Después de ‘Memorias del Cigarral’, libro publicado en 2015, llega esta nueva obra sobre la luz y la niebla en su periplo personal y en el camino que recorre España durante estas últimas décadas. ¿Qué le impulsa a volver



Gregorio Marañón en brazos del Dr. Fleming en el Cigarral.

a escribir un libro, de nuevo muy personal? ¿Cómo influyó el confinamiento en el proceso de escritura?

En *Memorias del Cigarral* cuento la historia de este retiro toledano que adquirí mi abuelo en 1921 y que, en 1977, yo compré a mi familia. Fue el resultado de una investigación rigurosa en distintos archivos, que arranca en el siglo XVI, se entrelaza con nuestros recuerdos familiares y concluye con mis propias vivencias en esta casa que tanto me significa. *Memorias de luz y niebla*, que comencé a escribir a principios de 2019, es el relato de lo que ha sido mi vida hasta ahora, de los numerosos proyectos que he acometido y sigo emprendiendo, y de lo que me significan la amistad y el amor. Es un viaje que comienza en una España subdesarrollada, en plena dictadura,



“El siglo XX ha sido, con razón, llamado el Siglo de Plata de la cultura española”

cuando apenas había 20.000 universitarios, y que se detiene en plena pandemia, décadas después, cuando España es la decimotercera potencia económica del mundo, y cuenta con 1.800.000 universitarios. Aunque es un libro muy personal, también constituye un relato generacional. El confinamiento del pasado año me facilitó el tiempo que necesitaba para terminarlo.

La foto de usted de niño en brazos del Dr. Fleming en El Cigarral es un documento gráfico extraordinario. Y resume cómo aquel “remanso de arte y de buenos libros”, en palabras de Luis Jiménez de Asúa, consiguió congregarse a tanto talento en un clima reposado y de amistad. En este lugar ha escrito su nuevo libro. ¿Qué es para usted El Cigarral?

El Cigarral es ese lugar de arraigo al que antes me he referido, y en el que me retiro cuando necesito descansar y recuperar fuerzas. Es también un lugar de convivencia con todos los míos. Entre hijos y nietos, Pili mi mujer, y yo conformamos una tribu de 30 personas, que también se reúne gozosamente en el Cigarral. Y, por supuesto, sus puertas están siempre abiertas a los amigos. Pero allí no solamente disfruto con la belleza del lugar y con la vista que tiene sobre la ciudad, sino que también me involucro

en la causa toledana con la que tan comprometido me siento, especialmente defendiendo su patrimonio.

¿Cómo confluyó tanto talento alrededor de su abuelo, en una sede tan idílica como el Cigarral? De hecho, la pregunta relevante quizá sea: ¿cómo se llegó a congregarse tanto talento?, ¿cómo brilló tanto la generación de 1914? Históricamente, se reproduce el fenómeno de la confluencia generacional de los grandes talentos, tal como sucedió en el Siglo de Oro. El siglo XX ha sido, con razón, llamado el Siglo de Plata de la cultura española. Hay un azar genético y unas circunstancias sociológicas y culturales que permiten la conformación de una generación de gran influencia.

Su abuelo fue argamasa de una generación. Cuando España hizo la transición, un momento crucial en nuestra historia, y usted se comprometió con la democratización y con la divulgación cultural, ¿sentía sobre sus espaldas el peso de la responsabilidad de ser el Gregorio Marañón de esa generación ávida de libertad y libertades, de liberalismo?

Siempre digo que la figura de mi abuelo es mi principal referencia, y lo explico con detalle en mis memorias. Pero también afirmo que nunca he querido ir de nieto por la vida. Con 19 años, Marino Gómez Santos, fallecido recientemente, publicó una entrevista en el diario *Pueblo* en la que me preguntaba por lo que yo quería hacer en la vida. Pues bien, mi respuesta, después de reflexionarla,

figura en mi libro, y creo que ilumina bastante bien la ruta que he elegido en mi camino hacia Ítaca. Es un camino, en cierta medida, generacional, que se inicia en una dictadura, nos lleva a conformar la Transición, y, recuperada la democracia y lograda la reconciliación de las dos Españas, discurre durante las tres décadas de mayor progreso social y económico de nuestra historia contemporánea.

Ha defendido la necesidad de que la cultura llegue a todo el mundo, que transpiremos cultura, como han hecho siempre los franceses, que no solo viven la cultura en teatros y óperas. ¿Se ha conseguido este objetivo?
Hay objetivos que nunca se logran del todo porque a medida que los alcanzamos se ensancha nuestro horizonte y aparecen otros nuevos. Así ha sucedido, y seguirá sucediendo, también en el ámbito de la cultura.

También defiende el rol del mecenazgo en el mundo de las artes. ¿Qué cambios conviene impulsar para que la cultura reciba más aliento y recursos, con aportaciones de la sociedad civil?

Sin duda, el mecenazgo necesita recibir en España un tratamiento fiscal más generoso, como lo tienen los países de nuestro entorno. Pero, por encima de esto, es verdad que en España falta una tradición filantrópica.

Como asesor de Cáritas, está concienciado sobre las necesidades sociales, especialmente en la España de la COVID-19. En el mundo anglosajón surgen iniciativas como el 'Giving Pledge', impulsado por los Gates y Warren Buffett, que compromete a magnates a donar más de la mitad de su riqueza en vida a causas sociales. En España, no hay ningún miembro de este club. ¿Qué hace falta para que nuestro país haga más filantropía? ¿Se trata solo de un problema cultural?

Las críticas que recientemente recibió Amancio Ortega, tras la importantísima donación que hizo en el ámbito sanitario, son una buena respuesta a su pregunta. Con ese clima social difícilmente prosperará la filantropía en España. En todo caso, es cierto que en nuestro país no



Familia Marañón en el Cigarra. En el centro el Dr. Marañón.

“Sin duda, el mecenazgo necesita recibir en España un tratamiento fiscal más generoso, como lo tienen los países de nuestro entorno”

hay una tradición de mecenazgo privado comparable a la que tienen los países de nuestro entorno político, económico y social.

Usted participó en el alumbramiento de 'El País', pionero de la prensa democrática en España. ¿Cuál es el recuerdo más bonito que tiene de aquellos momentos llenos de luz, en que el país abrazaba, por fin, la libertad de prensa?

Nunca olvidaré el momento en el que de la rotativa salió el primer ejemplar de El País, el 4 de mayo de 1976. Franco ya había muerto, y estábamos en plena transición hacia la democracia, con todo lo que ello iba a significar: la recuperación de la libertad, la reconciliación de las dos Españas y nuestra integración en Europa.

¿Le ha decepcionado el papel que una prensa libre debería jugar en una sociedad liberal y democrática?

No es imaginable una sociedad democrática sin una prensa libre. Por ello, nunca me plantearía la descalificación de los medios en general. Entre nosotros hay excelentes medios y magníficos periodistas, aunque muchas veces los que no lo son hacen más ruido.

España creó un relato de éxito con la transición. Ahora muchos historiadores están revisitando aquella etapa, y no son tan benignos, o quizá son más críticos. ¿Cómo valora ahora la transición a la que usted contribuyó?

Por supuesto, en la Transición se hicieron algunas cosas mal, como dejar abierto en la constitución de 1978 el proceso de vertebración territorial de España. Pero, en lo esencial, todos deberíamos estar orgullosos de la Transición. Quienes la vivimos, y quienes la han heredado. España recuperó la democracia, tras cuarenta años de dictadura y tres de una cruenta guerra civil, y lo hizo con una generosidad ejemplar, incluyendo a todos. Es el único cambio de régimen de la historia moderna de España que no tuvo su propio exilio. Pero es que, además, con la Transición comenzaron las décadas de mayor progreso económico y social en libertad de nuestra historia contemporánea.

¿Qué falla en crisis como la de la COVID-19? ¿Ya no hay políticos de la talla de los que impulsaron contra viento y marea la transición?

Ningún país estaba preparado para la pandemia y, de hecho, dejando China al margen, por razón de su falta de transparencia, es curioso comprobar cómo los países europeos nos vamos alternando, mes tras mes, en el ran-



Gregorio Marañón recibiendo el premio Mariano de Cavia.

“[El nuevo libro] es el relato de lo que ha sido mi vida hasta ahora, de los numerosos proyectos que he acometido y sigo emprendiendo, y de lo que me significan la amistad y el amor”

king que mide los resultados de la gestión. La explicación es muy fácil: todos estamos andando por este camino por la vía de la prueba y el error. Lo que no comprendo es cómo, en estas terribles circunstancias con decenas de miles de muertos, se quiere hacer política de partido, achacando todos los errores al gestor de turno, y no reconociéndole ninguno de sus aciertos. Lo mismo se está produciendo con el proceso de vacunación. Como tan acertadamente ha dicho José Luis Martínez-Almeida, en vez de hacer demagogia con esta cuestión, deberíamos estar ya vacunando al rey y al presidente del Gobierno, y a los principales cargos políticos y militares, sin que esto impida que la inmensa mayoría de las vacunas se administren con criterios sanitarios y sociales.

Usted menciona la anécdota del “un poquitito más”. España ha tenido intangibles (creatividad, pasión), que atrajeron a empresas extranjeras que buscaban inspiración y talento creativo. Pero para crear y transpirar entusiasmo, hace falta una juventud ilusionada, con ganas de comerse el mundo. Y vemos estadísticas, y España es el país con más desempleo juvenil de Europa. ¿Qué necesitamos para volver a ser esa España de los años 90, de la Expo y los Juegos Olímpicos, que sorprendió al mundo?

Estoy convencido de que, con una política de Estado consensuada entre gobierno y oposición, avanzaríamos más y mejor. Tomemos el ejemplo de la Ley de Educación. Cuando media España discute la Ley Celaá, y la otra media la defiende, yo me limito a decir que una ley de educación fecunda necesita perdurar en el tiempo, y



eso sólo se alcanza si nace como fruto de un gran pacto de Estado. Esto se aplica ahora, y, por supuesto, a las ocasiones anteriores igualmente perdidas.

¿Qué le emociona más del teatro?

La ópera es música, es canto y también dramaturgia. Cuando coincide el talento en los tres ámbitos, lo que sucede en el escenario nos conmueve a todos.

Muchos jóvenes han descubierto la ópera gracias a usted y a la estrategia del Teatro Real, que apuesta por llegar a todo el público. ¿Qué siente cuándo ve una cola de jóvenes en busca de una entrada?

Muchas veces, a la hora de almorzar, cuando entro en el Teatro, veo una cola de jóvenes sentados en el suelo esperando a que se abran las taquillas para acogerse a las ofertas, necesariamente limitadas, de entradas para jóvenes. Pienso que en sus manos entusiastas está en futuro del Teatro Real.

Ha sido abogado, empresario, banquero, académico... ¿En qué piel se ha hallado más cómodo, se ha sentido más realizado?

A falta de una vocación definida, me he sentido igual de realizado en mis diferentes ámbitos profesionales. Quizás, de mis actividades, aquélla en la que más cercano siento eso que llamamos vocación, es cuando colaboro, siempre desinteresadamente, en la gestión de instituciones culturales. A mi aventura en el Teatro Real, que se inicia en 1995 cuando se constituye su Fundación, le dedico un largo capítulo en mi libro. **PJ**